Encíclica social en el centenario de la *Rerum novarum*

Juan Luis Orozco, S.J. *

Esta nueva encíclica, llamada *Centesimus annus* -firmada significativamente el primero de mayo, fiesta de san José Obrero- que Juan Pablo II ofreció en ocasión del primer centenario de la *Rerum novarum* de León XIII, sigue las huellas de ese trascendental documento pontificio que dio inicio formal a la enseñanza social de la Iglesia.

Esta encíclica, al igual que una anterior, la *Laborem excercens,* que defienden los derechos de los trabajadores, no han tenido una amplia difusión en los medios informativos y de comunicación social. De hecho, son encíclicas que van en contra de muchas de las prácticas del gran capital, en cuyas manos están los medios masivos de comunicación. Esto explica en buena parte su poca difusión y el silencio alrededor de ellas.

En contra de la opinión bastante extendida de que la Iglesia no debe meterse en asuntos económicos o sociales porque su tarea es puramente "espiritual", el Papa reivindica el derecho y la obligación que tiene la Iglesia y cada cristiano de dar testimonio de Cristo Salvador en el trabajo cotidiano y en la lucha por la justicia. La Iglesia tiene una responsabilidad para con todos los hombres, pues le han sido confiados a ella por Cristo mismo. Y ante la miseria del proletariado, dice Juan Pablo II, citando a León XIII, "nos parecería faltar al deber de nuestro oficio si callásemos.[1]

La encíclica *Centesimus annus* proyecta una mirada retrospectiva haciendo una lectura de la *Rerum novarum;* una mirada actual sobre las "cosas nuevas" que hoy nos rodean, y una mirada al futuro, cuando ya se vislumbra el tercer milenio de la era cristiana, cargado de incógnitas, pero también de promesas. Y estas tres miradas no dejan de entrecruzarse a lo largo de toda la encíclica, que puede dividirse en seis partes.

En la primera el Papa hace la relectura de la *Rerum novarum* recordando que esa encíclica abordó seriamente el problema de la condición infrahumana a la que el violento proceso de industrialización había reducido a grandes multitudes de obreros. Al mismo tiempo advierte que hoy, en gran parte del mundo, se siguen produciendo procesos análogos de transformación económica, social y política que originan los mismos males.

Como hace 100 años, sigue considerándose al trabajo como una mercancía que se compra y se vende libremente en el mercado y cuyo precio es regulado por la ley de la oferta y la demanda, sin tener en cuenta el mínimo vital necesario para el sustento de la persona y de su familia.

El Papa vuelve a recordar una serie de derechos de los trabajadores que con mucha frecuencia les son negados aún violentamente: el derecho a crear asociaciones profesionales y sindicatos; el derecho a la limitación de las horas de trabajo, al legítimo descanso y a un trato diverso a los niños y a las mujeres en lo relativo al tipo de trabajo y a la duración del mismo; el derecho al salario justo, que es muy distinto al salario mínimo, "Si el trabajador, obligado por la necesidad o acosado por el miedo de un mal mayor, acepta, aun no queriéndola, una condición más dura, porque se la imponen el patrono o el empresario, ésto es ciertamente soportar una violencia, contra la cual clama la justicia";[2] el derecho de cumplir libremente los propios deberes religiosos.

En la segunda parte se ven las cosas nuevas de hoy con la misma visión de la *Rerum novarum,* advirtiendo que si el anuncio profético de aquella encíclica no dio todos sus frutos, se debió a que el socialismo real cometió un grave error al olvidar la trascendencia de la persona humana.

El Papa señala una actitud de la cual no está exenta nuestra "católica" sociedad que se ha hecho un dios a su gusto y al tamaño de su bolsillo y pasiones. Juan Pablo II dice que la negación de hecho del Dios Mayor y Verdadero priva de su fundamento a la persona y, por consiguiente, la lleva a organizar el orden social prescindiendo de la dignidad y responsabilidad de la persona.

A la base de esta actitud está una errónea concepción de la libertad humana que se aparta de la obe-

---

* Doctor en Economía por la Universidad de La Sorbona, París.

diencia de la verdad y, por tanto, también del deber de respetar los derechos de los demás hombres. Esta actitud errónea de libertad se transforma en amor propio, con desprecio de Dios y del prójimo; egoísmo que conduce al afianzamiento ilimitado del propio interés y que no admite ninguna limitación de justicia, de verdad y de bien común.

Esta parte termina trazando un cuadro de nuestra época, hecho de luces y sombras, en donde critica fuertemente a los llamados sistemas de "seguridad nacional" que tratan de controlar absolutamente a toda la sociedad bajo el pretexto de imposibilitar la infiltración marxista. También critica con dureza, por deshumanizantes, opresoras y enajenantes, a las "sociedades del bienestar" o "sociedades de consumo".

La tercera parte de la encíclica se dedica a analizar los acontecimientos de 1989 que culminan con la caída de los regímenes comunistas de Europa del Este. El Papa resalta dos causas: la violación a los derechos de los trabajadores y la ineficiencia del sistema económico seguido.

Se destaca la importante labor de la Iglesia en defensa de los derechos del hombre, labor que contribuyó a la caída de esos regímenes opresores mediante el espíritu evangélico de la no violencia, pero en defensa activa de la justicia y los derechos de todos los hombres, en especial de los trabajadores. También renueva el compromiso de la Iglesia de ayudar a combatir la marginación y el sufrimiento, esperando que la violencia y el sufrimiento no sigan creciendo en el corazón de los hombres, para lo cual ofrece, como orientación ideal e indispensable, su propia doctrina social. Es imposible que no crezcan el odio y la violencia cuando se vive una injusticia institucionalizada y legalizada;

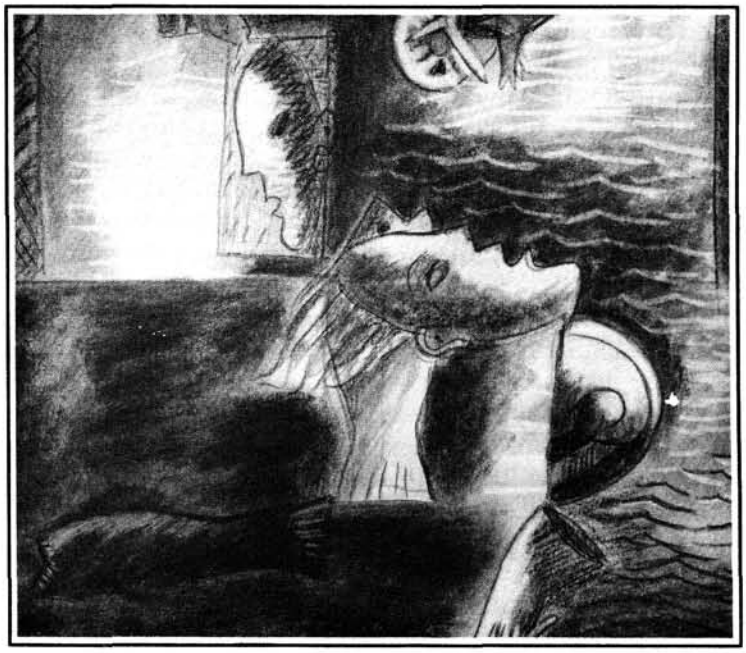
> [...] cuando el salario que no has pagado a los obreros que segaron tus campos está gritando y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Cuando han vivido sobre la tierra regaladamente y se han entregado a los placeres, han hartado sus corazones. Condenaron y mataron al justo y el Señor no los soporta.[3]

Es necesario abandonar la mentalidad, muy extendida entre las clases pudientes, que considera a los pobres -personas y pueblos-como un fardo o como molestos e inoportunos, ávidos de consumir lo que otros no han producido. Los pobres exigen el derecho de participar y gozar de los bienes materiales y de hacer fructificar su capacidad de trabajo, creando así un mundo más justo y más próspero para todos. Además, el desarrollo no debe entenderse de manera exclusivamente económica, sino bajo una dimensión humana integral.

Entre los resultados positivos de 1989 a escala mudial, el Papa señala los siguientes: el resurgimiento de formas espontáneas de la conciencia obrera; la legitimación de una auténtica teología de la liberación humana integral, y la ayuda mutua internacional para la reconstrucción moral y económica en los países que han abandonado el comunismo. Pero al mismo tiempo señala la necesidad en justicia de ayudar a los países del tercer mundo, que sufren condiciones de insuficiencia y pobreza más graves.

La cuarta parte está dedicada al tema de la propiedad privada. Aquí tamibén se agrupan una serie de preguntas y aspectos con respecto a la economía. Se afirma con toda claridad la dimensión social que tiene la propiedad privada. Es indudable que, junto con la propiedad privada, debe afirmarse el destino universal de los bienes de la tierra. Por el contrario, cuando se les sustrae a esta función esencial y complementaria, se le sustrae en consecuencia al bien común, traicionando el fin para el que se le ha confiado.

El Papa denuncia la miseria inmerecida de los trabajadores, los sueldos de hambre, la avidez de la competencia desenfrenada, la usura voraz, el monopolio ejercido por un pequeño número de ricos y de opulentos que imponen un yugo casi servil a la infinita multitud de los proletarios. Y esta situación apela a la intervención de la Iglesia. Es aquí donde resuenan con toda dureza las palabras del Papa:



48 ■■■ a renglón seguido ■■■